

Agua de Oro¹

La radicación de los Boffelli en Agua de Oro fue un proceso que se realizó por sucesivos encadenamientos.

Todo comienza por una monja.

Aguas arriba del Chavascate, nombre indígena del arroyo del pueblo, entre Agua de Oro y Cerro Azul, junto a un recodo del río, está el convento de las hermanas de la Misericordia. Entre las monjas de más jerarquía se contaban la hermana Bergmann y la Hermana Stoffel. Una hermana de esta última estaba casada con un hermano del tío Juancito Borda Bossana. Este señor, José Borda Bossana, entusiasmado por los comentarios y sugerencias de la cuñada construyó una casa de veraneo en Agua de Oro.

Después que el Nono Simón y la nona Magdalena formalizaron el anticipo de herencia, las hijas fueron vendiendo sus parcelas de tierra a los hermanos varones. Tía Catalina Boffelli de Borda Bossana, familiarmente llamada Catot y tía Ángela Enriqueta Boffelli de Barbero, familiarmente Angelita, decidieron invertir el dinero de esas ventas en sendas casas de veraneo.

Siguiendo los pasos del cuñado José Borda Bossana, tía Catot optó por Agua de Oro. Consiguió un terreno suficientemente grande como para dividirlo y cederle la mitad a la tía Angelita. Allí construyeron dos casas en cuyo frente lucen sendos letreros hechos en hierro que el tío Vicente les obsequió: Angelita y Catot. Después se enganchó la abuela Ana Borda Bossana de Bosio, madre de la tía Rosita. En sociedad con sus hijos también levantó una vivienda. Al poco tiempo tío Mateo y tía Rosita vendieron su parte de esa propiedad y, en sociedad con el tío Luis construyeron su propia casa, que con el tiempo, al formar familia el tío Luis, se dividió en dos.

También mi padre fue tentado por el megaproyecto y compró dos terrenos en la esquina de la manzana en que estaban las otras casas.

En la esquina propiamente dicha, sobre planos realizados por Gucho, construyó por administración su propia casa de veraneo, también costada con la herencia que había recibido mi madre.

Mis padres se instalaron con la casa rodante en las adyacencias y papá se ocupó de la compra de materiales y de alguno de sus acarreos, que realizaba con un *cachapé*, esto es un carrito que remolcaba con el auto.

Esa casa, que luego recibí en herencia, es la que habitamos actualmente mi esposa María Teresa (Pompón), y yo.

¹ Capítulo del libro inédito *La Baita de Cespedosio* de Santiago Otto Boffelli Aimaretti. Descendiente de lombardos y piemonteses, nació "en el campo, en una chacra, propiedad de la familia, a unos 5 km al sur del pueblo de Colonia Margarita", el 4 de agosto de 1928. Cursó los estudios secundarios en Rosario y toda su carrera universitaria en la ciudad de Santa Fe. Paralelamente a sus estudios en la Facultad de Ingeniería Química de la Universidad Nacional del Litoral, asistió a cursos de canto "en carácter de alumno oyente" en la Escuela Superior de Música de la misma Universidad. Realizó luego estudios en la Escuela de Canto del Teatro Colón. Como ingeniero, se desempeñó en distintas empresas nacionales e internacionales que lo llevaron a realizar innumerables viajes por el mundo y a aprender distintos idiomas. Como docente, dictó la cátedra de Física en San Carlos Centro (Prov. Santa Fe) y de Teología, en la Universidad Católica de LaPlata. Actualmente reside, con su esposa María Teresa Martín Amat, en Agua de Oro, Provincia de Córdoba. Su amor por el trabajo y el interés por todas las actividades del hombre, que le inculcaron sus mayores, lo llevaron a rescatar en una *Crónica* (todavía inédita) pasajes de su vida a partir del estudio genealógico de su familia, de donde hemos extraído los capítulos que aquí aparecen. (María Luisa Ferraris)

Más adelante Rodrigo César Soler, casado con María del Carmen Borda Bossana, hija de tía Catot, compró un chalet en la manzana contigua, justo en frente de mi casa.

De ese modo el lugar pasó a llamarse *el barrio de los santafesinos*,

Aquí confluía buena parte de la parentela todos los veranos.

La actividad inter-parientes era intensa. En cualquier momento se organizaba un acontecimiento comunitario, por ejemplo una *marenda sinòira*, que en piamontés significa una merienda acaballada con la cena, o sea una merienda en hora avanzada y suficientemente abundante como para obviar luego la cena. Un lugar adecuado para ello era por ejemplo trasladarse hasta Candonga e instalarse al lado del río, hoy conocido como río Agua de Oro, donde cada uno pellizcaba algo de lo que todos habían llevado.

No faltaban las partidas de naipes que se jugaban a diario.

Al tío Miguel Barbero, siempre delicado y de trato correcto, le habían descubierto el lado flaco: no le gustaba perder a las cartas. Para hacerlo *chivar*, el tío Mateo, jugando al truco de compañero con él, mentía descaradamente y echaba adrede una falta envido con un cuatro. El tío Miguel, muy respetuosamente le echaba en cara la manera displicente de arruinar una partida.

Cuando hacía falta una *pierna* yo también me prendía en el truco punta y hacha, o en el tres sietes (en piamontés tressèt) o en su variante el “chincuino”, que se juega entre cinco, también con el mazo de 40 cartas.

Respondiendo a una pregunta de Carlos, hijo de Rogelio Boffelli, acerca de la afición por los juegos de cartas en la familia pienso que es una costumbre heredada de nuestros antepasados que no tenían radio ni TV ni teléfono para entretenerse.

Si bien eran gente de levantarse temprano y por tanto de no acostarse tarde, hacían pasar el tiempo los días festivos o después de cenar jugando en familia. Mientras tanto las mujeres lo empleaban tejiendo, zurciendo, bordando o realizando alguno de esos trabajos propios de su condición femenina. Tal vez, alguna, preparando su *fardel* (ajuar de novia)

Cito una estrofa de la poesía LA TÓPIA (el parral) de Nino Costa que relata lo que acontecía debajo de la pérgola.

Jè vnisìa le masnà a fé la balada,

(*venían los chicos a jugar saltando*)

J'òmini a gieghe na partìa a tressèt,

(*los hombres a jugar una partida de tres siete*)

Pare grand, dòp disné, a fé la fumada

(*el abuelo, después del almuerzo, a fumar*)

E mare granda a taconé ij caussèt.

(*y la abuela a zurcir las medias*)

Un juego muy común era la *bàrziga*, similar a la escoba pero con acuses que, excepto en el de flor (tres naipes del mismo palo), se cantan mostrando las cartas. La palabra castellana es béciga y la italiana básica. Otro tanto podemos decir de la brisca o brìscola.

También practicaban la mora (léase mura), morra en italiano y en castellano. Dos jugadores, con gran velocidad y energía dicen al mismo tiempo un número de cero a diez y proyectan sobre la mesa una mano con algunos dedos recogidos y otros extendidos. Gana el que acierta la suma de los dedos expuestos. Parece tonto, pero siempre gana el más hábil, que descubre el mecanismo repetitivo del adversario y procede en consecuencia. Los

buenos jugadores van cambiando continuamente sin incurrir en una secuencia determinada. El año pasado (2002) los parientes de Revello, Piamonte, me hicieron una demostración.

En Agua de Oro, mi padre y sus hermanos ya no jugaban a la mora, pero se comentaba que lo habían practicado cuando jóvenes.

El nombre del juego deriva del dicho italiano *zucca o mora*, equivalente a la antítesis pares o nones. El juego de pares o nones se juega en España. Uno de los jugadores toma en su mano algunos garbanzos y el adversario debe acertar si su número es par o impar.

Mi esposa, María Teresa cuyos padres eran andaluces, me comenta que de niña jugaba con sus hermanos poniéndose en la mano un número de porotos que iban del 1 al 5. El contrario que acertaba con el número era el ganador.

Otro juego por el estilo, actualmente de moda es el de “papel, tijera, piedra”

En Agua de Oro los tíos también jugaban, o mejor dicho jugábamos, porque yo a veces participaba, a las bochas. Para ello habíamos improvisado frente a la casa en que actualmente vivo algo parecido a una cancha, emparejando groseramente un tramo de la calle paralela al curso del río.

De resultas de algún bochazo, la bocha saltaba al camino que desciende al río. Había que correr para alcanzarla antes que tomara velocidad y llegara al agua.

Los “viejos”, a saber los tíos Luis, Mateo, Juancito y Miguel, más mi papá, también jugaban en el Club del pueblo.

Había una cancha de bochas parcialmente techada.

Según me apunta María del Carmen, en una oportunidad había llovido y no se podía jugar porque el extremo no techado de la cancha estaba algo barroso.

Mi padre, que no era de arredrarse fácilmente, dijo: “*esto lo arreglo yo*”. En la estación de servicio del Sr. Colombino se proveyó de unos litros de nafta, los esparció sobre el suelo afectado y les prendió fuego.

Parece ser que se le fue la mano con la cantidad. No sé si consiguió secar el suelo. Lo que sí sé es que el fuego se propagó a un pino contiguo en el extremo de la cancha y convulsionó al pueblo.

Mi padre, que para todos era el tío Santiago y para los vecinos del pueblo, Don Santiago, hizo construir un asador, lo que en España llaman barbacoa, con un techo de tejas. A continuación hizo construir un horno de bóveda, que le salió muy pequeño por respetar la pendiente del asador.

Un día fue a pedirle prestado a la tía Catot el tordo chaqueño que tomaba vacaciones con ella.

Intrigada la tía, le preguntó para qué lo quería.

Para inaugurar el horno, fue la respuesta.

No obstante, el horno fue inaugurado con una partida de pan de leche que amasó la tía Angelita.

Mientras ella preparaba el amasijo mi padre calentaba el horno. Grito va, grito viene, desde las casas, que distan unos 40 metros, iban coordinando el operativo.

Cuando el horno estuvo caliente mi padre retiró las brasas y la ceniza. Mas, como el piso pareciera sucio, trató de limpiarlo y no tuvo mejor ocurrencia que echarle algo de agua.

El resultado, como era de esperar, fue que la temperatura bajó tanto que los panes de leche no llegaron a cocinarse.

Las chanzas y cargadas, los comentarios y reproches, duraron más de una semana.

Lo maravilloso es que hermanos y cuñados se divertían y compartían todo con una cordialidad digna del mayor elogio.

Esto no sucedía por casualidad.

En vida de los abuelos, los domingos era frecuente ver los coches de todos los hijos frente a su casa.

Todos se mantenían en permanente relación convocados, como en una cita obligada, en el hogar patriarcal.

En una oportunidad un viajante que había arribado al pueblo penetró a la casa por el zaguán de entrada. El hombre, al advertir su error, se deshizo en disculpas, pues, viendo tantos automóviles, supuso que se trataba de un hotel.